



Luis Mattini



Desarrollo, sub-desarrollo o desarrollo deformado Atención al enemigo dentro nuestro

Por Luis Mattini

La Fogata

El marxismo, llamado por Engels socialismo científico, se diferenció del socialismo utópico y de todas las corrientes románticas o religiosas de emancipación obrera, por la búsqueda de las condiciones objetivas materiales y las subjetivas para la revolución social, según el principio de que la existencia condiciona la conciencia. Es así que asumió como positivo el desarrollo y el progreso capitalista basado en las ciencias que brindaban la posibilidad técnica de aprovechamientos de los recursos naturales. De acuerdo a este paradigma, la revolución y el socialismo a fines del siglo XIX, debería empezar en los países más desarrollados: Inglaterra o EE.UU. Sin embargo es sabido que Marx apostaba a Alemania. ¿Por qué? Pues porque para Marx no habría revolución obrera posible sin las bases materiales objetivas creadas por el capitalismo claro, pero tampoco sin pensamiento que alimentara la subjetividad y propusiera otra ética social. La revolución socialista necesitaba más que otras de la elaboración de un pensamiento constructor. Teniendo en cuenta que los países capitalistas fueron todos hijos de la revolución burguesa antifeudal, Marx hizo un lindo juego metafórico con el papel de las naciones europeas de la época: dijo que el proletariado inglés era el economista, por el desarrollo económico de Inglaterra; el francés el político por la tradición política de Francia; y el proletariado alemán estaba llamado a ser el filósofo, el pensador, de la revolución mundial, por pertenecer a una “nación filosófica”. Es importante registrar este detalle: para Marx el socialismo sólo sería posible con la combinación del alto grado de desarrollo económico y de pensamiento. En sus días esa combinación se daba en Alemania.

Pero la primera revolución proletaria fue en Francia, la Comuna de Paris en 1871, fue aplastada y recién más de treinta años después, en 1917, la revolución triunfó en Rusia, uno de los países atrasados de Europa. Lenin, Trotsky y los bolcheviques eran marxistas y estaban convencidos que la revolución rusa solo podría afirmarse como tal, si estallaba y triunfaba la revolución en Alemania. También lo creía así Rosa Luxemburgo. Sin embargo, la revolución en Alemania fue derrotada en 1919; el socialismo abortó y Rusia se transformó en la Unión Soviética, un sistema de

capitalismo de Estado administrado por comunistas, que luego el stalinismo consagró como el único socialismo posible y real.

A partir de allí las palabras “desarrollo “ y “subdesarrollo” pasaron al manoseo y el léxico político cotidiano de la izquierda y condicionantes del tipo de revolución. Para el stalinismo la revolución socialista solo podría darse en los países desarrollados mientras que en los subdesarrollados solo debía hacer la revolución burguesa cuya misión sería precisamente desarrollarlos. Sub-desarrollo significaba entonces, camino del desarrollo, algo a llegar. Trotsky, quien fue uno de los más agudos observadores de este fenómeno, impulsó la idea de “desarrollo desigual y combinado” como manera de entender el impulso a la revolución socialista aun en países supuestamente subdesarrollados y abarcar sus contradicciones.

Un asunto de no poca importancia que ponía en relieve el duro esquematismo materialista del stalinismo, —dominante en el pensamiento marxista de esa época—, era la circunstancia de que ciertos aspectos del “desarrollo” se verificaban precisamente, como decía Trotsky, en forma desigual y combinada. Por ejemplo: al atraso económico de Rusia, España o América Latina no le correspondía igual atraso en determinadas áreas del arte o el deporte: la literatura por ejemplo: Al menos que nos agarremos del chovinismo francés y aceptemos la expresión de Anatole France sobre el gran colombiano Vargas Vila: “Sólo le faltó ser francés para sentarse al lado de Hugo”. La supuestamente feudal España llevó adelante una de las conquistas más vastas en la historia de la humanidad. O situaciones deportivas como la potencia en fútbol de Argentina, Brasil, Uruguay, mucho más “desarrollados” que los EE.UU. En realidad ya Marx había previsto ese “desigual y combinado” cuando hablaba del proletariado alemán como el filósofo de la revolución. O sea, en su tiempo, Alemania era menos “desarrollada” que Inglaterra o EE.UU., pero era, como ya dijimos, “una nación filosófica” y sus obreros eran más cultos, politizados y organizados.

Después de la consolidación de la revolución, instaurando el capitalismo de Estado, la joven República Soviética construía con ímpetu la ciencia y la técnica y de ese modelo se sacó la idea de que las revoluciones eran posibles, incluso en los países subdesarrollados, pero a condición de que se empeñaran en completar el desarrollo para crear las bases materiales para el socialismo. Por desgracia, la historia demostró, cincuenta años más tarde, con el desmoronamiento de la Unión Soviética, que tal proceso fue un desarrollo capitalista administrado por comunistas. Si alguna duda quedara sobre esta afirmación, ahí tenemos a China actual, casi una potencia capitalista administrada por comunistas.

Y aun falta lo peor. Sabemos que toda acumulación de capital es acumulación de trabajo humano. Pues esa acumulación en Rusia o China que las transformó en potencias, fue posible, al igual que en los países capitalistas desarrollados, por una despiadada explotación de los trabajadores, con el agravante en estos casos, que los comunistas no permitieron siquiera un sindicalismo independiente que al menos pusiera condiciones entre capital y trabajo o sea, entre el Estado y los asalariados. Guardando las distancias de magnitud, el tipo de acumulación de la España de Franco, no se diferenció demasiado de Rusia y de China. Por otra parte cuando entre

nosotros, un modesto laburante argentino accede a la “baratura” de un aparatito tecnológico chino, aún pagado con nuestro sueldito, estamos usufructuando de la plusvalía arrancada al trabajador chino.

Volviendo al tema del desarrollo; digamos que el guevarismo fue, sin dudas, por un lado una forma de rebelión, pero al mismo tiempo un nuevo modo de leer la realidad, que pretendía superar estas incongruencias del llamado socialismo real. Guevara definió en algún momento el subdesarrollo, no como algo que estaba por debajo, como algo insuficiente, como algo a continuar hasta alcanzar, sino como un “desarrollo deformado”. O sea como algo a romper y hacer de otra manera.

Esta modificación en la forma de pensar, que en el Che y quienes le seguimos, tenía la misma importancia que el fusil, y tendría serias consecuencias: la primera fue que la ruptura se imponía a la continuidad. O sea que para Guevara, el socialismo era fundamentalmente una ruptura porque de lo contrario estaría condenado a reproducir las deformaciones del capitalismo. Por eso fue que, siendo Ministro de Industria en Cuba, tuvo su polémica con los soviéticos y las influencias stalinistas internas, sobre la contradicción de la ley del valor con el socialismo y la necesidad de impulsar incentivos morales sobre los materiales. La mentalidad stalinista derrotó al Che en Cuba y esa fue una de las causas de su marcha.

Los cómodos de siempre, los marxistas de manual soviético, los “realistas” de cada época, algunos nacionales y populares “serios”, mucho han criticado al Che por esta postura “idealista”, “voluntarista”, sin ser capaces de ver la analogía de estos postulados con aquella afirmación de Marx sobre el papel de la filosofía del proletariado alemán que también podría ser tildada de voluntarista. Dicho de otro modo, el Che buscaba en Cuba y América Latina lo que Marx le encargaba al proletariado alemán para Europa y la revolución mundial: pensar más allá de las visiones positivistas, deterministas, pensar la ruptura revolucionaria, base subjetiva sin la cual no habrá socialismo. Esa es la esencia insoslayable y perenne del guevarismo heredada por Santucho y el PRT. El fusil fue sólo un instrumento circunstancial de la rebeldía.

Porque el contenido de “desarrollo deformado” no partía de ver el subdesarrollo como algo incompleto por inmaduro, sino específicamente un tipo de desarrollo que se correspondía a los rasgos del capitalismo deformados por intereses de clase y, por lo tanto, el socialismo heredaría esa deformación. Digamos ahora de paso —y no sin una gran amargura—, que la parte lamentable de la historia de cincuenta años de revolución en Cuba le dieron la razón al Che. El hecho que hoy en día el setenta por ciento de las tierras cubanas estén sin cultivar y se importe la mayor parte de los alimentos de los EE.UU., pagados por la “industria del turismo”, es la paradoja más amarga, y no se explica de ninguna manera por el bloqueo, sino por la persistencia de una idea falsa de desarrollo que viene desde la época de las falsas esperanzas en las zafras monumentales. El monocultivo azucarero, reemplazado por el “monoturismo”.

Veamos qué pasa en casa: Argentina es casi un modelo de ese desarrollo deformado definido por el Che. Con la particularidad que ha perdido hasta cierto pluricultivo del viejo modelo oligárquico,

al trocarse en un sistema de monocultivo biotecnológico manejado por los agronegocios, que produce para el mercado internacional al mismo nivel, con esa palabreja que empalaga a los yuppies — “commodity”— y con la eficacia de cualquier potencia. También se añaden algunas esferas de la producción industrial, sobre todo la automotriz, carreteras y puertos a ese servicio (¿Ha visto Ud las obras fluviales al norte de Zárate, en Atucha y Lima?) ciertas urbanizaciones como Puerto Madero....todo ello conviviendo con la catástrofe ferroviaria y de comunicaciones, el deterioro nacional de la sanidad y el colapso del sistema educativo y, además, los bajos salarios y la desocupación con la destrucción del “Estado de Bienestar”. La fábrica masiva de millones de pobres y los riesgos de caer en el monocultivo y perder la soberanía alimentaria de la cual este país podía estar casi orgulloso en el pasado.

Y aquí llegamos al objetivo de es artículo. La Argentina no es, no fue nunca, un país “subdesarrollado”, además ahora tampoco es “tercer mundo”, porque ya no existe un segundo mundo que explicara el tercero. La Argentina fue, y ahora es más que nunca, un país de desarrollo “deformado”, tomando como metáfora esta expresión de Guevara. Deformado porque convive el formidable “progreso” (biotecnología, tecnologías industriales “de punto”, hiper minería, inmensos “countris”, expansión del automóvil, de los celulares y las computadoras, exportación de programas de computación, fabulosos ingresos de importación, obscenas cifras en materia futbolística, en la compra y venta de los jugadores, malversación de fondos públicos enviando barras bravas al exterior, etc., etc.....) con el creciente analfabetismo cultural, pobreza estructural, caída paulatina del nivel de vida, inseguridad social creciente, causa principal de muerte los siniestros de tránsito, incremento de la explotación del trabajo....en fin, todo eso y mucho más, pero con el detalle que los principales explotadores y responsables de estas calamidades, poseen pasaporte argentino nativo, no son sólo ni mayoritariamente “extranjeros”, tampoco se trata de aquella “burguesía nacional” que recibía el plato de lentejas del imperialismo, como se decía en el pasado, sino que es la gran burguesía nacida y enriquecida por la explotación del trabajo en este país, componente del imperialismo, entendiéndolo por esto, no el “colonialismo” sino determinado grado de desarrollo del capitalismo que ya no tiene absolutamente patria. Dicho más claro con un solo ejemplo, la señora Amelita Fortabat, como parte del imperio económico, le da órdenes al presidente de los EE.UU que funciona como comisario de policía del imperio. En todo caso la señora Cristina es subcomisaria.

Finalmente, para encarar el futuro de la humanidad no es cuestión de completar el “desarrollo”, sino de repartir la riqueza. Con lo cual, la historia ha dado una de sus paradójicas volteretas: hoy encontramos más concreta motivación y radicalidad en rémoras del socialismo utópico, en el socialismo romántico y hasta en algunas prédicas cristianas, que llaman directamente a la ruptura, a la acción, que en el llamado del progresismo a incorporarse al proceso científico para lograr el bienestar social. Por eso no tiene ya sentido hablar de izquierda o derecha, está todo mezclado y tenemos que aprender a despejar.